

ciado será su nombre por el Salvador á la faz de los ángeles, á la faz del Eterno ! »

Y otro coro que volaba en las mas altas regiones hizo sonar enérgicamente las arpas de oro y cantó con la exaltacion del éstasis :

« Salve, ó Filadelfia, pocas fuerzas te ha dado el Salvador, y sin embargo tú no le desconoces, antes por el contrario estrechas los vínculos de la nueva alianza. Los réprobos, seducidos por Satan, se te acercan temblando, y al verte caerán en el polvo.

« Salve, ó Filadelfia, el Señor te ha dado pocas fuerzas, y tú sin embargo no le desconoces, antes por el contrario estrechas los vínculos de la nueva alianza. Cuando á la tierra oprimas, hora del espanto y de la desolacion, pasa ligeramente sobre Filadelfia la muy amada del Señor. Rebaño fiel, guarda cuidadosamente tus sagrados terrores para no perder la corona de la salud eterna.

« El Vencedor brillará en el templo donde el Mesías ha de distribuir sus recompensas, siendo la mas bella columna y firme apoyo de aquel edificio. »

Una voz, agitada por aquella dulce tristeza que entre los mortales se esplica con lágrimas, cantó entonces sola de esta manera :

« ; Escucha los lastimeros acentos que te llaman, ó Laodicea ! Despierta de tu letárgico sueño ; cie-

gos están tus ojos, estraviado tu espíritu ; escucha ó tú que fuiste la elegida del Señor, escucha la voz que te llama ; despierta ó Laodicea !

« Hombre-Dios, divino Redentor, tú que te dignaste visitar al pecador arrepentido, con él partirás la cena : pero el vencedor que nunca falleció recibirá una corona inmortal, y será por tí elevado hasta el trono en que te sientas en el seno de la luz. »

El séquito triunfal del Mesías continua acercándose al círculo radiante de los cielos. Pulsadas por las manos de los profetas se inspiran las arpas, y de sus cuerdas de oro brotan inmensos torrentes de armonía graves y sublimes como el pensamiento que hace vibrar á aquellas. La voz de los arcángeles, uniéndose á la celeste música, cantó así la gloria del Mesías :

« Descendió del reino de la luz donde reinaba en todo su esplendor, y sus legiones hicieron sonar el terrible llamamiento á juicio. Y las tinieblas del sepulcro dieron libertad á sus víctimas cuando se hizo oír el terrible llamamiento á juicio, cuando se deshicieron montes y mares.

« Las cohortes que su sangre redimió de la muerte se despertaron, y de sus vestiduras emanaban celestes rayos ; y sus cánticos de triunfo, estrepitosos como el bramar de las olas, subieron á los cie-

los cuando se oyó el terrible llamamiento á juicio. »

Los arcángeles callaron vencidos por el exceso de su emoción. Un instante resonaron solas las melodías de las arpas, mas pronto volvieron á escucharse las voces de los arcángeles :

« Largo tiempo dormiste, divina semilla, hasta que Dios te ordenó que cubrieses sus campos de doradas espigas. Bienaventurados vosotros, aquellos á quienes de polvo en polvo la perezosa muerte hundió en su seno, porque habeis visto desaparecer el tiempo de los mortales.

« Ahora, divina semilla, te ostentas en todo el esplendor de tu madurez, cuando la voz que llama á los segadores suena en todos los campos del Señor. Bienaventurados vosotros, aquellos á quienes de gloria en gloria reunió el Salvador, porque triunfantes entráis en los resplandores del tiempo de la inmortalidad ! »

Los mayores de entre los ángeles levantan la voz, celestial sonrisa juguetea en sus labios ; y los poderosos acentos de su salterio acompañan al cántico de felicidad :

« ¡ Muertos despertad, muertos despertad ! El llamamiento á juicio sonó ya ; un clamor de alegría anunció la siega. Donde quiere que el polvo duerma pacíficamente ha oído ese clamor, ha oído la

voz de los ángeles custodios proclamando el día del juicio.

« Apresuraos, levantad vuestros ojos al trono, vosotros á quienes Dios llama con acento de clemencia. Despertaos, volad sobre vuestras tumbas, vosotros á quienes Jesus se digna absolver en el juicio : venid á recibir las palmas del triunfo.

« Venid á sentaros á la intermediación del Hijo del Eterno bajo los dorados rayos que dan sombra á vuestros tronos. Levantaos todos los que teneis blancas vestiduras y sangrientas cicatrices. Venid, Jueces del Universo, venid á recibir la corona del triunfo.

« ¡ Hélos ahí ! cubiertos de celestes rayos encaminan su grave y terrible vuelo al trono donde se agita la temida balanza del Juez supremo. La sangre derramada en el Gólgota brilla en torno de ellos, y en sus cabezas las coronas de la victoria. »

Desde el seno de la inmensa cadena de montañas de cristal que corre por todo el ámbito de la estrella de Saroná, contemplan los habitantes de aquel astro á los mas remotos orbes que mirados al trasluz de su diáfano prisma les parecen mas grandes y bellos de lo que en realidad lo son. Hasta los cánticos de las fiestas celestiales parecen mas bellos y suaves cuando los repite el eco de la trasparente masa. Numerosa multitud se agrupaba al pie de los montes de cristal y subia por sus laderas hasta

las mas elevadas cumbres, parándose en ellas y escuchando silenciosa y pensativa siempre que los cielos se regocijaban; y tambien subió y escuchó con inefable alegría de todos los corazones cuando el triunfante séquito de Cristo cruzó por encima sus transparentes montañas. El punto en que la imagen del Hombre-Dios se reflejaba despidiendo de sí vivos pero templadós rayos velaba el resplandor de su magnificencia sin ocultar su divina belleza, y tambien en el mismo punto repetia el eco, mas suave y sonoro que en ningun otro, la dulce armonía de los triunfales cantos.

Súbito elevaron su voz dulcísima Débora y Miriam de entre el coro de los profetas, espresando la armonía de las arpas que las acompañaban ora celestial melancolia, ora noble entusiasmo. Cuando cesa la tempestad y se levantan los árboles que ella encorvara estremécese aun el arbusto á impulso de la leve brisa : tal á los himnos de los ángeles se siguió el canto de Miriam y Débora :

« O muerte, tú que en otro tiempo nos llenabas de espanto, eres ahora para nosotros un manantial de inesplicable felicidad. Nunca conocerá las delicias de la resurreccion aquel que antes en el fondo de los nocturnos valles no haya dormido en brazos de la destruccion.

« Vosotros los que sois inmortales nunca descendisteis á la arena del dolor que el humano peregrino

no corre en la tierra; nunca visteis abiertas ante vuestros ojos las tumbas en que yacen los huesos hermanos.

« ¡Vosotros no habeis visto nunca al gusano de la destruccion que se encarniza en cuanto duerme el sueño de la muerte, devorar los helados restos de las prendas de vuestro amor! ¡Vosotros no escuchasteis nunca el rumor siniestro de la azada que abre las tumbas ni el de la pala cuando arroja la tierra que del hoyo salió, sobre el peregrino que para siempre se aparta del mundo!

« ¡Nunca el sordo y lúgubre sonar del ataud cuando al hoyo descende, os ha recordado que tambien sobre vosotros ha de rodar un dia aquella masa helada y fria de tierra que cubre los yertos huesos de vuestros hermanos! »

Y como torrente impetuoso por las nubes arrojado, cuando por la pendiente de los montes se precipita, el coro de los profetas, lanzó al espacio infinito este salmo fulminante :

« ¡Muertos, despertad; la trompeta del juicio sonó! ¡Muertos, despertad; las entrañas de la noche se rasgaron; los abismos de los mares, los cimientos de la tierra tiemblan y gimen! Los huesos han oido el llamamiento del Juez soberano que los arcángeles proclaman en voz alta.

« A un tiempo se hunden los dorados palacios y las pajizas cabañas : los muertos que la tierra se-

pulta y los que las aguas tragaron se levantan todos; los vivos mueren para despertarse en seguida.

« La noche reina, el terror llega inspirando el deseo de morir. Los campos, los bosques, la cima de los montes desaparecen en el seno de las irridadas olas. Silencio, arpas de oro, silencio, mientras duran los clamores que al universo arranca el dolor al trasformarse. »

« En lo alto del trono brama la tempestad: el sonido de la trompeta llama y amenaza; el huracan vuela, silva y lleva de polo á polo el terror y el espanto. ¡Silencio, arpas de oro, silencio, mientras duran los clamores que al universo arranca el dolor al trasformarse! »

Dos arcángeles se levantan sobre el acompañamiento, y el primero canta:

« O vosotros á quienes la voz de la trompeta llena de espantoso terror, tambien resucitareis. ¡Ay! ¿porqué la noche no os guarda para siempre en los valles de la destruccion; á vosotros á quienes la sentencia del trono destina al abismo? »

Dos arcángeles se levantan sobre el acompañamiento, y el segundo canta:

« Atronadora voz del Juez supremo, tus terribles acentos resuenan con demasiada fuerza sobre los sepulcros. Tus desdichadas criaturas pedian un sueño mas largo, un sueño eterno: vana esperan-

za; salen de la noche y gimen y claman: ¡Montañas, caed sobre nosotros; montañas, ocultadnos! »

Reina de nuevo el silencio en el triunfal acompañamiento, y como tempranas flores que el céfiro arranca de un arbol y lleva por los aires, Benoni y María, la hermana de Lázaro, se levantan sobre los demas resucitados; bello y resplandeciente aquel como el primer rayo de sol de un dia de verano; dulce y tranquila la última como noche de primavera por la luna iluminada. Unieron los dos inmortales sus voces dirigiéndolas al abismo donde Satan vencido yace sin movimiento, á fin de hacerle comprender la felicidad de que gozan los bienaventurados muertos en gracia del Señor:

« Sal en voz de trueno, canto magestuoso: lleva el espanto al fondo de la terrible noche donde yace el rebelde príncipe de las tinieblas. ¡Despertaos y escuchad, ó vosotros á quienes Satan precipitó en la muerte eterna! »

« Los que bajo el peso de las humanas miserias sollozasteis y padecisteis, los que recibisteis el golpe de la muerte en el seno del polvo os despertareis y sereis admitidos á la contemplacion divina. »

« ¿Lo oyes, tú que fuiste su asesino? En vano los acusarás al fin de los tiempos: serán admitidos á la contemplacion divina, y saldrán de sus tum-

bas todos aquellos que padecieron los horrores de la muerte y los terrores de la destruccion.

« Has pasado los dias, has pasado las noches acusándolos al pié del trono con toda la rabia de tu voz; no contentándote con hacer salir del polvo al pecado, sino denunciando ademas fragilidades y errores que envueltas en negras nubes depusiste al pié del trono del Juez supremo.

« Pérfido acusador, Jesus te ha precipitado al fondo de los abismos donde moran los tormentos, los gemidos y la eterna muerte. ¡Para tí no hay resurreccion, para tí no hay contemplacion divina! »

Uno de los ángeles de la muerte apartando de sus labios la temida trompeta cantó :

« Del fondo del mas negro valle de los infiernos se alzaron lastimeras voces y ahogados suspiros, y á su lúgubre concierto se unieron el fragor de la tempestad, los bramidos del torrente, el crugir de las desquiciadas peñas, clamores de rabia y de venganza. Y nosotros, como los postreros rayos del día huyen ante la noche, volamos lejos tristes y pensativos. »

Algunas lágrimas bañaron entonces la mejilla de Gabriel, quien, feliz al derramarlas, dejó salir con ellas los divinos acentos de su profética voz cantando los secretos del porvenir :

« Ya se levanta al cielo la divina esposa brillan-

do con todo el resplandor de la redencion; y ceñida la blanca túnica de la inocencia, sumida en la bienaventuranza de la contemplacion escucha la esposa las celestes melodias, que llegan hasta ella en union con la voz tonante que pronuncia los decretos de la justicia suprema.

« Y á su lado la vé el Hombre-Dios á la esposa inocente y pura que para él santifican los cielos. Inspirad á vuestros cantos insólito entusiasmo, ó vosotros los que unis vuestra voz á la atronadora que pronuncia los decretos de la justicia suprema. »

Exaltado por los proféticos cantos que revelan los secretos del porvenir, el triunfal séquito se levanta volando rápidamente á las regiones de la celeste claridad. No hay arpa que calle, ni coro que suspenda sus fulminantes himnos, todos los inmortales cantan á un tiempo.

Y mientras que el triunfal acompañamiento se elevaba en rápido vuelo desde la tierra al trono divino, entró en el reino de la luz aquel á quien una mirada del Dios de misericordia iluminó en el suplicio; y entraron en el reino de la luz todos los pecadores por la sangre de la redencion rescatados.

Un coro de ángeles adelantándose al resto del acompañamiento dirigió á los profetas este cántico de felicidad :

« Vosotros, primogénitos del polvo, que fuisteis precipitados en los sepuleros de la tierra, ó en los abismos del mar á consecuencia del terrible decreto que pronunció el Señor en el Paraiso, levantaos ahora en todo el esplendor de vuestra nueva magnificencia : apresurad vuestro vuelo, venid á juzgar con el Señor ante quien se humillan el resplandeciente santuario de los cielos y las verdes montañas de la tierra.

« En otro tiempo saliendo la mano del Señor de las tinieblas, trazó en los muros de la sala del festin la sentencia del monarca impío. Pesado fuiste por Jehová y hallado falto, tú que gobernabas al mundo sin mas ley que tu capricho; y á fin de que se supiera que el pecador fué hallado falto en el postrero juicio salió una voz del trono y dijo :

« El libro de la vida dará un dia testimonio de las maravillas que obró el hijo mientras vivió en el polvo, y en silencio y con piadosas lágrimas será enterrado por el profeta¹ ese libro donde el Dios vengador escribe las acciones de los hombres en

¹ Todo este pasage es una imitacion del capitulo XII de Daniel, donde refiere el Profeta la vision que tuvo de la resurreccion general, en la cual Dios le entregó el libro en que se inscriben las buenas y malas acciones de los hombres, mandándole que lo enterrase, para que así permaneciera hasta que los ángeles lo abran para juzgar á los muertos. — T. F.

letras resplandecientes como el relámpago cuando cruza las tinieblas de la noche.

« Los elegidos abrirán al pié del trono las hojas de ese libro, como el océano tiende las olas en su inmenso cauce, y las letras resplandecientes esparcirán en torno de sí el terror y el espanto. Primogénitos del polvo, levantaos en todo el esplendor de vuestra nueva magnificencia, venid á juzgar con el Señor ante quien se humillan el resplandeciente santuario de los cielos y las verdes montañas de la tierra.

« ¡El mas grande de los dias será aquel en que se revelen los misterios de Dios cuya voluntad suprema reina en la eternidad ! Los cielos ven aproximarse á tan gran dia : regocijaos todos aquellos á quienes su luz ilumina sirviéndoos de norte en el laberinto donde hasta ahora vagasteis en tinieblas.

« Aun dura el dia de los terrores : todavía oprime al mundo el dia del juicio : aun tiemblan la sentencia del Hijo los que por ella fueron desechados. Los monarcas trémulos y delirantes vagan todavía por los desiertos clamando : ¡Montañas, caed sobre nosotros, montañas, ocultadnos!

« Mas las montañas permanecen sordas á vuestros clamores; todavía pesa sobre vosotros el dia del juicio; aun tiemblan aquellos que se mofaron de tí, cordero inmolado ! Deshaceos, trémulas

montañas, ocultad en vuestras ruinas á cuanto existe, porque la omnipotencia está irritada, porque la víctima que espiró en la cruz pronuncia sentencias de muerte desde su elevado trono.

« Siempre brilla el dia de la salud. El Dispensador de la herencia de la luz continua dando á cada uno de sus elegidos la brillante parte que le corresponde; las tenebrosas sendas del laberinto de la vida se aclaran sucesivamente; Dios levanta cada vez mas el velo que ocultaba el camino de su Providencia, y su mano liberal no se cansa de distribuir á los bienaventurados fieles al Salvador, palmas, coronas y vestiduras purificadas en la sangre de la redencion. »

Celestiales lágrimas brillan en los ojos de los elegidos que glorifican al Dispensador de la herencia de la luz; mas no se atreven en su dulce humildad á levantar la vista al Mesías radiante en toda su gloria. De sus arpas no salen mas que débiles y tímidos sonidos; pero los rayos que el Salvador deja caer sobre ellos los penetran de indecible alegría dándoles fuerza para unir al salmo de los cielos este cántico de felicidad:

« Oriente del Empireo, Hijo del Señor, luz de la luz, Redentor del mundo, tú, que el dia del juicio tendrás la balanza donde han de pesarse los pecados de aquellos infelices por quienes en vano corrió la sangre del Gólgota:

« Glorificado seas, Hijo del Señor, luz de la luz, Redentor del mundo, tú, que el dia del juicio tendrás la balanza donde han de pesarse los pecados de aquellos infelices por quienes en vano corrió la sangre del Gólgota.

« De tu resplandeciente trono, ó manantial primitivo, sale impetuosa como el torrente de los montes, inmensa como el océano del mundo la fuente de la salud. Mirad, arcángeles, y ved como se estiende sobre todas las regiones del universo el océano de la salud.

« Vosotros lo veiais ya cuando las tinieblas de la muerte nos le ocultaban aun. Cuando en medio de la noche del valle de las tumbas osaban los miserables átomos del polvo acusar á su Dios, y su Dios misericordioso los escuchaba en silencio sin aniquilarlos con sus rayos, ya vosotros veiais el inmenso océano de la salud. »

Sin interrumpir su rápido vuelo hácia el trono de los cielos decide Jesus de la suerte de las almas que acaban de dejar á sus mortales cuerpos. A todas á un tiempo alcanzan las sentencias de su justicia inmutable: unas descenden á los abismos de la eterna muerte; otras, por el contrario, elevándose se unen al séquito triunfal, de donde salen algunas voces aisladas celebrando la llegada de aquellos nuevos hijos de la inmortalidad, de esta manera:

« Hé aquí que llegan las almas que nos envian

todas las regiones, todos los pueblos de la tierra.

« Cuantos habeis dormido en los sepuleros lanzándoos en fin á sublime vuelo os convertís en luz; la antorcha del Redentor os ilumina é inspira; su magnificencia se ostenta á vuestros ojos. »

Enagenadas escucharon las almas ese canto, mas ignorando cual fuese el celeste espíritu cuyo triunfo celebraban los inmortales, sin acertar á comprender la naturaleza de los seres que componian el séquito del Mesías. Primero imaginaron que fuesen hombres sus hermanos, mas á medida que á ellos se aproximaban y que mas de cerca los contemplaban, la beldad resplandeciente y magestuosa de aquellos espíritus aterraba y deslumbraba á los recién llegados. Uno de los resucitados les dirigió estas palabras tranquilizándolos con la dulzura de su voz :

« Sí, no há mucho que eramos hombres como vosotros ; y la misma vida que acabais de dejar hemos vivido : mas nos ha trasfigurado el Redentor divino á quien veis caminar delante de nosotros sobre las estrellas y cuyas gloriosas llagas brillan con los mas puros rayos de la primitiva luz. Contempladle : llegó para vosotros el instante decisivo: podeis aceptar ó rehusar su divina intervencion ; la muerte ha roto todas vuestras cadenas, y nunca fuisteis tan libres como en este momento lo sois. »

Aumentaron estas palabras la dulce incertidum-

bre de aquellas almas : mas un angel, intérprete de la voluntad de Cristo, los condujo á una estrella mandándoles esperar allí á que se les enseñase la doctrina que habia de hacerlas dignas de entrar en la morada de los bienaventurados.

Los celestiales coros que abrian la marcha del séquito triunfal vieron entonces en lontananza el trono del Eterno rodeado de santas tinieblas ; los ángeles se cubrieron respetuosamente el rostro con las alas ; estremeciéronse los bienaventurados ; y la víctima del Gólgota brilló con resplandor mas vivo. Despues de largo silencio cantó así el coro de los resucitados :

« ¡ Legiones resplandecientes, seguidle hasta el trono ! ¡ Arpas celestes, temidas trompetas, cánticos de gloria, celebrad á Jesus, Hijo de Dios ! Él es todo amor y misericordia, y el altar con su sangre manchado así se lo anuncia al universo !

« ¡ Glorificanle los herederos de la muerte ; seráfines y arcángeles le glorifican ! Los justos le celebran en sus piadosas reuniones. ¡ Santo y augusto es, y en sus manos puso Jehová la justicia suprema !

« Herederos de la salud, y vosotros todos, coros de los inmortales, cantad, cantad al Salvador del mundo. Jesus, Hijo del Eterno, tú eres el Rey del universo, tú eres el Rey de la ciudad de Dios construida en lo mas alto de la eternidad.

« ¿Cual será, Padre todopoderoso, la solemne festividad con que restablezcas en su trono al Hijo que padeció cuanto debía padecer, que obró cuanto debía obrar? Rayos del Altísimo, prestad vuestras alas á los cánticos de triunfo de los bienaventurados redimidos con la sangre de Cristo. »

Otro coro de los resucitados frizando en el disco de un sol, cantó de esta manera la gloria del Mesías, quien cada vez se iba aproximando mas á la diestra de su padre.

« O tú, que acabas de consumir el mas sublime de los sacrificios, ¿con qué solemne festividad serás acogido por el que es inmortal como tú? ¿Saldrá de los límites de su santuario para contemplarte á tí, su Hijo, á tí que siempre fuiste con él y en él? »

« ¿Qué palabra podrá explicar, ó augusta víctima del pecado, lo que tú eres para aquel que habiéndote negado sin embargo por tí se levanta; para aquel que habiéndose dormido en el polvo se despierta para la vida de los ángeles? »

« Pasó el Redentor por los tenebrosos terrores de la muerte, y ahora le llama Dios al santuario. Tú, divino maestro, que te humillaste á ser simple mortal, de nuevo eres oriente del Empireo donde todas las criaturas te doblan la rodilla. »

« Y sus clamores de alegría resuenan en el fondo del polvo y en la inmensidad de los cielos! ¡Y glo-

rificado es el Hombre-Dios, el Ungido del Señor! ¡Cantad la gloria del Hombre-Dios! ¡Cantad la gloria del Eterno! »

Calló el coro de los resucitados, y cada vez iban siendo los cánticos de los resucitados menos frecuentes y mas tímidos.

Los siete hermanos heróicos que habian entre los mártires resucitado los primeros, se lanzaron á mayor altura que el resto del acompañamiento clamando :

« La medida de toda perfeccion se esparció en torno nuestro haciéndonos dignos de asistir á la trasfiguracion del vencedor de la muerte. ¡O santo éstasis de los elegidos! corra eternamente el raudal de tus cánticos de felicidad. »

« ¿Pero qué son las alabanzas de las criaturas comparadas con una sola mirada tuya que permitiéndonos contemplarte nos elevas hasta el resplandor de tu trono? A vista de tal magnificencia cesaria nuestro cántico de felicidad si tú no le ordenaras que apresurase el vuelo. »

« ¡Alabemos al Señor que se digna permitirnos celebrar su triunfo con clamores de alegría y solemnes salmos! »

« ¡Magnífico es el santo de los santos; y eco la voz de los inmortales cuando le glorifica, del trueno que precede á sus pensamientos y á sus accio-

nes! ¡Corred, cánticos de triunfo, celebrad los pensamientos, celebrad las acciones del Señor!

« Al Eterno te elevas, ó Mesías divino, tu Padre te llama; desde lo mas alto de los cielos te llama á su diestra. ¡Seguidle, cánticos de triunfo, seguidle hasta el pie del trono! »

Cien querubines, descubriéndose el rostro, vuelan al frente del acompañamiento triunfal, levantan sus palmas hácia el santuario de los cielos y cantan:

« ¡Legiones resplandecientes, seguidle hasta el trono; arpas celestiales, temidas trompetas, cánticos de gloria, celebrad á Jesus, Hijo de Dios! ¡Él es todo amor y misericordia, y el trueno que brama en el santuario de los cielos, así se le anuncia al universo! »

Los ángeles custodios del trono viendo resplandecer al triunfal séquito de Jesus, permanecieron al principio inmóviles de sorpresa, mas pronto lanzaron á los espacios infinitos clamores de alegría y de enagenamiento. Ninguno de ellos hasta entonces supo el dia ni la hora en que el Hijo del Eterno habia de volver á ocupar su sitio en los cielos. A la vista del triunfal acompañamiento conocen que es llegado el solemne instante, y trasportados de alegría vuelan de montaña en montaña clamando:

« ¡El Mesías, el Mesías! »

Y de floresta en floresta repiten:

« ¡El Mesías! ¡El Mesías! »

Y de rayo en rayo de luz resuena:

« ¡El Mesías! ¡El Mesías! »

Y esas palabras, pasando de altar en altar, llegaron hasta la nube que envuelve al santuario, y al sonar el gozoso clamor los misteriosos bosques, el torrente de las aureas olas y el trueno supremo suspenden sus voces.

Precedido por los últimos rayos de un sol que llega á su ocaso entra el Vencedor de la muerte en el santuario de los cielos. Vacilan las coronas en las sienes de los ángeles, y todos los inmortales arrojan sus palmas á los pies de Cristo.

Anonadados por su propia bienaventuranza iban los resucitados á detenerse en un bosque que frisa con la orilla del camino solar, mas la trompeta de oro de Gabriel les mandó que siguiesen al Salvador.

Continua Jesus adelantándose hácia el trono, y cada vez es mas profundo el silencio: no hay inmortal que se atreva á levantar la voz; no hay ángel que ose herir una sola cuerda de su arpa.

Detiénense los resucitados, y los ángeles siguen al Mesías; mas á poco se postran en muda adoracion.

Solo Gabriel ha seguido á Cristo hasta las gradas

del trono; allí cae de rodillas y permanece abismado en contemplacion de la divinidad.

El Todopoderoso, el infinito, aquel á quien todos los seres creados conocerán un dia adorándole con lágrimas de gozo, Dios, Padre del Mediador, se glorifica en la plenitud del amor divino. El Fundador de la nueva alianza, aquel que desde el principio del mundo fué inmolado y á quien un dia reconocerán todos los seres creados adorándole con lágrimas de gozo; la víctima sacrificada en espacion de los pecados del mundo; Jesus, el Redentor, el Misericordioso, se glorifica en la plenitud del amor divino!

¡Así vieron los cielos reunidos al Padre; así vieron los cielos reunidos al Hijo: y el Hijo subió las gradas del trono y se sentó á la diestra de su Padre!!!



ODA AL REDENTOR.

Puse en tí mi esperanza, divino Mediador, y canté el himno de la nueva alianza. ¡He llegado al término de tan penosa carrera: muchas veces he caído, pero siempre me has perdonado!

Gratitud ardiente y eterna, despliega tus alas, haz oír las primeras vibraciones de tu arpa. Empieza, empieza: mi corazón se dilata y mis ojos derraman lágrimas de alegría.

Ninguna recompensa te pido; al cantarte, Mediador divino, la fuerza primitiva se despertó en el fondo de mi alma, y sentí en ella angélica felicidad.